

Karl GUNNAR PERSSON, *An Economic History of Europe. Knowledge, Institutions and Growth, 600 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, 253 pp.

El papel de Europa en la integración de la economía mundial y el reciente proceso de unión económica y monetaria justifican sobradamente el estudio de la historia económica del continente y explican la aparición de obras como la que ahora comentamos. Se trata de un texto que recoge los contenidos de la asignatura que el autor imparte en la Universidad de Copenhague y que va dirigido a los alumnos de Economía. El enfoque generalista que lo define se deja ver en la presentación de las «proposiciones» con las que comienza y que adelantan a modo de conclusión los contenidos de la obra. De todo ello se desprende un claro optimismo en el papel de la política económica, las instituciones y la educación como medios para mejorar la eficiencia de los mercados y asegurar la difusión del cambio tecnológico, que son las claves del crecimiento económico.

Los cuatro primeros capítulos se refieren a la época preindustrial. El primero parte de la situación creada a la caída del Imperio romano y sirve para plantear la paradoja histórica de que, a pesar de la división política, Europa permanece como una unidad cultural e institucional afianzada por la fuerza cohesiva del comercio. Los tres siguientes capítulos desarrollan la idea de que los rendimientos decrecientes pueden ser compensados mediante las ganancias derivadas de la especialización, que es fruto del crecimiento de la población y da impulso a su vez al cambio tecnológico, siempre que sea acompañado por las instituciones económicas. Frente a las simplificaciones del modelo malthusiano, el autor destaca la importancia del progreso agrario y la urbanización, así como la importancia de las preferencias familiares y el cambio que experimentan de acuerdo con el nivel de vida, muy particularmente a lo largo del proceso de transición demográfica. En este punto, la explicación del retardo del ajuste de la fecundidad respecto al declive de la mortalidad es económico, por el predominio del efecto ingreso sobre el efecto sustitución, como dice, pero también inevitable porque solo al cabo del tiempo las familias pueden advertir el aumento del número de hijos supervivientes respecto al deseado. Los datos macroeconómicos, hartamente difíciles de reconstruir, sugieren que muchas regiones europeas estaban por debajo del potencial tecnológico de la época debido probablemente a circunstancias políticas e institucionales de carácter regional. Por otra parte, la evolución de los salarios reales, en declive, y de la productividad total de los factores, en ascenso suave pero constante, revela

cambios en la distribución del ingreso a favor necesariamente de la renta de la tierra y los beneficios empresariales. Por último, de la evolución ascendente durante la era preindustrial surge la pregunta de cuándo tomó Europa la delantera. De acuerdo con los estudios recientes parece que ya era evidente antes de la Revolución industrial.

El capítulo 5 aborda las complejas relaciones entre instituciones y crecimiento económico sirviéndose de varios ejemplos significativos que se sitúan en diversos momentos del periodo estudiado. Como bien dice, no siempre el origen y la persistencia de las instituciones económicas pueden ser explicados en términos de eficiencia, entendida en sentido paretiano. Las instituciones aparecen por razones diversas, tienen efectos distributivos evidentes y a veces persisten no porque sean eficientes, sino porque sirven los intereses de ciertos grupos de presión. El ejemplo clásico es el de los gremios, cuya función –puede decirse simplificando mucho– consistía en resolver algunas ineficiencias derivadas de la debilidad de los mercados en un contexto caracterizado por la presencia de agentes con poder de coacción. Ahora bien, más allá de estas generalizaciones es difícil avanzar, o, más bien, es muy fácil simplificar hasta la deformación de la realidad de los hechos. Así, por ejemplo, decir que el final de la servidumbre en Inglaterra fue un proceso espontáneo de mercado es sorprendente a la luz de los hechos revelados por la literatura sobre el tema, del hecho de que los señores feudales disponían de monopolio jurisdiccional y de las tradiciones políticas y urbanas de cada región. La afirmación de que las monarquías absolutas podían gravar a los súbditos con impuestos arbitrarios y confiscatorios y expropiarles sin indemnización, como si de estados despóticos se tratara, no se corresponde con las aportaciones de la historia política y constitucional de las últimas décadas. En los casos de la empresa y las cooperativas, el autor destaca el papel a su juicio de los costes de supervisión, aunque sería preciso añadir el carácter indivisible del capital fijo y las consiguientes economías de escala. Después de considerar el caso de la aparecería, el capítulo termina con un breve comentario sobre las instituciones que pueden asegurar el cumplimiento de los contratos cuando se presentan dificultades de supervisión, para lo que se sirve de ejemplos tomados del comercio medieval, al que la literatura reciente está prestando notable atención.

Los capítulos siguientes, que suman un poco más de la mitad de la obra, son dedicados a los siglos XIX y XX, con alguna incursión a la búsqueda de los orígenes de algunas instituciones en la época anterior. El capítulo 6 estudia el papel del cambio tecnológico en el proceso de industrialización y la convergencia de las economías nacionales en las dos últimas centurias. El autor destaca las bases intelectuales que explican el origen de la Revolución industrial, que considera comunes a toda Europa, así como su impacto en términos de ahorro de recursos naturales y de mejora de la calidad de los productos a que han dado lugar desde entonces. A este respecto, habría sido deseable considerar en qué medida el modelo de cambio tecnológico intensivo en capital y energía alteró las ventajas comparativas de los países europeos, dado que la dotación de recursos naturales era muy diversa a lo largo y ancho del continente. En cambio, destaca la aportación al conocimiento según el número de patentes per cápita de cada país bajo el supuesto de que la tecnología es fácilmente transferible, siempre que las instituciones económicas y la formación de la mano de obra así lo permi-

tan. De hecho, el grado de convergencia guarda una estrecha relación con la educación, la apertura económica y la inversión exterior. En el siguiente capítulo se pone de manifiesto el papel estratégico del dinero y la banca en el crecimiento económico, si bien el hecho de que fue en el siglo XIX cuando estas instituciones alcanzaron la madurez permite al lector concluir que fueron motor antes que resultado de la industrialización. Dado el papel que el Estado desempeña en estas cuestiones, se echa de menos un examen sistemático de las estrategias de industrialización que siguieron los países europeos.

Los dos aspectos esenciales de la economía internacional, el comercio y los regímenes de cambio, son abordados en los dos capítulos siguientes. La atención se centra en los teoremas del comercio internacional y luego en la actividad de los grupos de presión, dado que las ganancias netas positivas del comercio no excluyen que haya perdedores y ganadores, aunque habría sido conveniente considerar si las diferencias de políticas comerciales entre los países europeos fueron o no el resultado de diferentes estrategias de desarrollo económico y de problemas de pagos coyunturales. A este respecto, y teniendo en cuenta el trilema de Mundell-Fleming, el autor destaca la difícil conciliación de los tipos de cambio fijos con las democracias, salvo en el contexto de las uniones monetarias. Este sería el caso del euro, que, conviene recordarlo, no ha pasado de ser un sistema de tipos fijos en la medida en que no está respaldado todavía por una política fiscal y de tipos de cambio común.

El capítulo 10 estudia el creciente papel del Estado a lo largo del siglo XX. Es cierto, como dice, que la Gran Depresión acabó con la idea de una economía autorregulada y abrió las puertas del Estado de bienestar, pero debería reconocer que los orígenes son anteriores y muy diversos desde el punto de vista ideológico. El ascenso electoral del nazismo en paralelo con el aumento del paro sirve al autor de ejemplo para demostrar la necesidad de intervención. El argumento debería mencionar al menos cómo la hiperinflación y la cuestión de las reparaciones de guerra influyeron en la vida política, porque el paro fue igualmente muy alto en otros países y estos no vieron peligrar el sistema parlamentario como en Alemania. A continuación sigue un breve apartado en el que se plantea el debate en torno a los objetivos aparentemente contradictorios de la política macroeconómica –o pleno empleo o control de la inflación–, pero desde una perspectiva teórica que se aparta del curso de los hechos y concluye de forma ambigua. En este capítulo también se aborda la cuestión del socialismo, aunque muy brevemente y de manera fugaz. A este respecto extraña el olvido de la cuestión de los derechos de propiedad, porque ciertamente es la propiedad estatal de los medios de producción la clave del éxito del socialismo como estrategia de industrialización y la del fracaso final del sistema, porque no habiendo mercado tampoco puede haber precios ni, por tanto, cálculo económico racional que sirva de orientación en la toma de decisiones económicas ni mucho menos incentivos de promoción personal. El último apartado de este capítulo ofrece una justificación económica del Estado de bienestar visto desde la experiencia de los países escandinavos. La función del Estado de bienestar sería, según el autor, asegurar la transferencia de rentas entre generaciones con el fin de corregir la falta de previsión de los individuos, afirmación que da por supuesto rasgos de la psicología humana que los científicos de

ese campo están lejos de suscribir, como decía J. Schumpeter, y que, de ser cierta, resulta contradictoria con el hecho de que las familias siguen estrategias de reproducción y además ahorran en activos de diversa naturaleza. Con todo, desde una perspectiva macroeconómica, se echa de menos el enfoque de la escuela de regulación.

Los dos últimos capítulos sobre la desigualdad y la globalización sirven de ocasión para reiterar la idea del papel positivo que desempeñan la educación, la transferencia tecnológica y la apertura económica en el crecimiento económico.

La obra termina con un glosario muy útil para comprender el vocabulario técnico que aparece a lo largo del libro. El mismo efecto se persigue con los gráficos incluidos en el texto, pocos, pero sencillos y muy precisos respecto a cada tema que trata de explicar. Ambos son detalles didácticos que el estudiante a quien va dirigido el libro sin duda agradecerá, porque la lectura no le resultará fácil. Los párrafos de más de dos páginas no le ayudarán y las constantes inversiones cronológicas tampoco. Estas son inevitables debido a la estructura temática de la obra, que implica la renuncia a seguir la secuencia de los acontecimientos que, como decía Pierre Vilar, explican los hechos históricos y son inevitables también por el enfoque dado a la obra. Los 66 libros y 55 artículos de revista que cita reflejan el «estado del arte» de la disciplina, qué duda cabe, pero el enfoque de la obra suscita una cuestión acerca de la misión que debe desempeñar la Historia Económica: o plantear casos y ejercicios de teoría económica o realizar un diagnóstico de la realidad. Este dilema acompaña a la disciplina desde sus orígenes y ha dado lugar a intensos debates que todavía prosiguen en la actualidad, porque la vocación práctica o aplicada de la Economía exige el conocimiento de la Teoría, por supuesto, pero también el de la Historia.

RAMÓN LANZA GARCÍA